

Poemas de Armando Godoy

Trad. de Eduardo Avilés Ramírez

= Del libro *Páginas Escogidas*, París, Editions EXCELSIOR, 1929 =

La Sonata a Kreutzer

a Camille Maclair.

I

Los tres caballos galopan... galopan bajo la luna, con las narices fumantes y las crines en el viento. Los tres iguales en ímpetu, en el aliento y en una galopada cual ritmada por el dios del movimiento.

De pronto uno de ellos siente el latigazo invisible del espanto: la planicie se terminó bruscamente. Lucha un segundo. Ya es tarde! Y ante el paisaje impasible en la arena movediza se hunde silenciosamente.

Los otros siguen la loca galopada hacia la nada y hasta que el segundo rueda en las fauces de la sombra, creen que van todos juntos en la planicie lunada, pues tomaban por su cuerpo el cuerpo ágil de su sombra.

El tercero, comprendiendo, se detiene al borde mismo. Relinchó, relinchó en medio del gran silencio simbólico. Y transido de tristeza y de laxitud de abismo erró como sombra, al ritmo de su trote melancólico.

Sigue? Se detiene? Busca la mortaja húmeda y fría que recubre a sus hermanos? O galopará en la calma de la atrayente llanura que provoca la alegría de los juveniles músculos y la cabriola del alma?

Vamos! Adelante! Todo, cielo y tierra, te convida. La luna también galopa por la celeste llanura, y los muertos—oh, tus muertos—unen su soplo de vida al agua, al astro y al viento, al amor y a la amargura.

Los tres caballos galopan, galopan por la planicie, las rudas crines al viento, rasgando el claro de luna, y bajo sus cascos canta la angustia de la planicie como un rezo centellante que montara hacia la luna.

II

Las tres niñas danzan, danzan en la silente llanura, y de las frágiles frondas de sus rubias cabelleras fluye un perfume divino, cual la celeste mixtura de otra cabellera rubia que ungió las llagas postreras.

En ronda, radiantes, bellas, ágiles, puras, iguales, las tres niñas danzan, danzan en un círculo de luz. Despiértanse las abejas, las luciérnagas nupciales y las serpientes vencidas por el signo de la cruz.

Cuántos sollozos y cuántos crímenes y cuántos besos para seducir los recios centinelas del Bahal, para llenar el vacío que separa a los opresos del éxtasis infantil y del dulzor maternal!

Las tres niñas danzan, danzan en la serena planicie, dando al viento las flotantes, delirantes cabelleras; un gran temblor atraviesa la entraña de la planicie y el cielo mismo se inclina para oler las cabelleras.

III

Tres mendigos buscan las puertas de un gran castillo que no existe. Es hora de cerrar las puertas con ritmo rechinante y triste.

Los mendigos son sordos, ciegos y mudos y los tres iguales. Pero aunque sordos, mudos, ciegos, van como tres reyes triunfales.

calzada; atravesó la derruida escarpa, y por la gótica puerta entró en un patio lleno de escombros, formado por cuatro paredones agrietados, únicos restos de la antigua mansión señorial.

En el hueco de la escalera de la torre, dentro de un cobertizo hecho con estacas y paja, se veían a la luz de un candil humeante diez o doce hombres, rústicos pastores o cabreros, agrupados en derredor de unos cuantos tizones encendidos.

El viejo, balbuceando les contó lo que había pasado. Levantáronse los hombres, cogió uno de ellos una sogá del suelo y salieron del castillo. Dirigidos por el viejo fueron camino del descampado, en donde se hallaba la cueva.

La coincidencia de ser el macho cabrío de la vieja hechicera el que había arrastrado al zagal al fondo de la cueva, tomaba en la imaginación de los cabreros grandes y extrañas proporciones.

—Y si esa bestia fuera el dimoño—dijo uno.

—Bien podría ser—repuso otro. Todos se miraron espantados.

Se había levantado la luna; densas nubes negras, como rebaño de seres monstruosos, corría por el cielo; oíase alborotado rumor de esquilas; brillaban en las lejanías las hogueras de los pastores.

Llegaron al descampado, y fueron acercándose a la sima con el corazón palpitante. Encendió uno de ellos un brazado de ramas secas y lo asomó a la boca de la caverna. El fuego iluminó las paredes erizadas de tajos y de pedruscos; una nube de murciélagos despavoridos se levantó y comenzó a revolotear en el aire.

—¿Quién abaja?—preguntó el pastor con voz apagada.

Todos vacilaron, hasta que uno de los mozos indicó que bajaría él, ya que nadie se prestaba. Se ató la sogá por la cintura, le dieron una antorcha encendida de ramas de abeto, que cogió de una mano, se acercó a la cima y desapareció en ella. Los de arriba fueron bajándole poco a poco, la caverna debía ser muy honda, porque se largaba cuerda, sin que el mozo diera señal de haber llegado.

De repente la cuerda se agitó bruscamente, oyéronse gritos en el fondo del agujero, comenzaron los de arriba a tirar de la sogá y subieron al mozo más muerto que vivo. La antorcha en su mano estaba apagada.

—¿Qué viste? ¿Qué viste?—le preguntaron todos.

—Vide al diablo, todo vermeyo, todo vermeyo.

El terror de éste se comunicó a los demás cabreros.

—No abaja nadie—murmuró des-

olado el pastor—. ¿Vais a dejar morir al pobre zagal?

—Ved, abuelo, que esta es una cueva del dimoño—dijo uno—. Abajad vos, si queréis.

El viejo se ató decidido la cuerda a la cintura y se acercó al borde del negro agujero.

Oyóse en aquel momento un murmullo vago y lejano, como la voz de un sér sobrenatural. Las piernas del viejo vacilaron.

—No me atrevo... Yo tampoco me atrevo—dijo; y comenzó a sollozar amargamente.

Los cabreros, silenciosos, miraban sombríos al viejo. Al paso de los rebaños hacia la aldea, los pastores que les guardaban acercábanse al grupo formado alrededor de la sima, y al enterarse de lo ocurrido, rezaban en silencio, se persignaban varias veces, y seguían su camino hacia el pueblo.

Se habían reunido junto a los pastores mujeres y hombres, que cuchicheaban comentando el suceso. Llenos todos de curiosidad, miraban la boca negra de la caverna, y absortos oían el murmullo que escapaba de ella, vago, lejano y misterioso.

Iba entrando la noche. La gente permanecía allí, presa aún de la mayor curiosidad.

Oyóse de pronto el sonido de una campanilla, y la gente se dirigió hacia el lugar alto para ver lo que era. Vieron al cura del pueblo que ascendía por el monte acompañado del sacristán, a la luz de un farol que llevaba este último. Un cabrero les había encontrado en el camino, y les contó lo que pasaba.

Al ver al viático, los hombres y las mujeres encendieron antorchas y se arrodillaron todos. A la luz sangrienta de las teas se vio al sacerdote acercarse hacia el abismo. El viejo pastor lloraba con un tipo convulsivo. Con la cabeza inclinada hacia el pecho, el cura empezó a rezar el oficio de difuntos; contestábasele murmurando a coro hombres y mujeres una triste salmodia; chisporroteaban y crepitaban las teas humeantes, y a veces, en un momento de silencio, se oía el quejido misterioso que escapaba de la cueva, vago y lejano.

Concluidas las oraciones, el cura se retiró, y tras de él las mujeres y los hombres, que iban sosteniendo al viejo para alejarle de aquel lugar maldito.

Y en tres días y en tres noches se oyeron lamentos y quejidos, vagos, lejanos y misteriosos, que salían del fondo de la sima.

Pío Baroja

(Cuentos, II. Caro Raggio; Editor. Madrid).